



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## SEGUNDA PARTE

---

### I

#### Mis chanclos

Aun cuando viviese yo tantos años como mi tío Bautista, que á estas horas debe ser tan viejo como un baobá del Africa central, no podría olvidar jamás mi primer viaje á París en un vagón de tercera clase.

Sucedió esto en los últimos días de Febrero, y hacía aún mecho frío. Fuera, el cielo de color aplomado, el viento, la escarcha, las colinas peladas, las praderas inundadas y largas hileras de viñedos descarnados; dentro marineros ébrios cantando, obesos labradores que dormían con la boca abierta lo mismo que peces muertos, viejecitas con sus esportillos, chiquillos, pulgas, amas de cría y todo lo que suele hallarse en un vagón destinado á los pobres con su olor á tabaco de pipa, aguardiente, salchicha con ajo y paja húmeda. Me parece que aun estoy allí.

Al arrancar el tren me coloqué en un rincón, y al lado de una ventana, para ver el cielo, pero á unas dos leguas de la estación un enfermero militar me quitó el sitio, pretextando que deseaba estar frente á su mujer y hete á Poquita Cosa, cuya timidez excesiva le impidió quejarse, condenado á recorrer doscientas leguas entre aquel hom-

bre obeso y grosero que apesataba á linaza, y una mujerona del Champenois, grande como un tambor mayor, que se pasó el tiempo roncando sobre su hombro.

El viaje duró dos días y los dos días pasélos en el mismo sitio, inmóvil entre mis dos verdugos, con la cabeza quieta y apretados los dientes. Como no tenía dinero ni provisiones de ninguna clase, no comí nada durante el viaje, ¡qué largos son dos días sin comer! Me quedaba aún una moneda de cuarenta sueldos, pero la guardé como cosa preciosa para el caso de que al llegar á París no hallase á mi hermano en la estación, y á pesar del hambre tuve valor suficiente para no tocarla. Lo peor del caso era que á mi alrededor se comía mucho en el vagón. Bajo mis piernas tenía yo un ventrudo cesto del que mi vecino el enfermero sacaba á cada momento variados embutidos que compartía con su señora. La vecindad de aquel cesto me hizo muy desgraciado, sobre todo el segundo día, y no obstante, no fué el hambre lo que me hizo sufrir en tan terrible viaje. Había salido de Sarlande sin zapatos y me llevaba puestos más que unos chanclos muy delgados que en el colegio me servían para hacer la ronda por el dormitorio... La goma es una cosa muy bonita, pero en invierno y en tercera clase... ¡Dios mío! ¡Y qué frío pasé! Hasta me arrancaba lágrimas. Durante la noche y aprovechando los momentos en que todos dormían, cogíame los pies entre las manos y los tenía así horas enteras procurando calentárselos. ¡Ah! ¡Si la señora Eyssette me hubiese visto!

Y, no obstante, á pesar del hambre que contraía su estómago y del frío cruel que le arrancaba lágrimas, considerábase Poquita Cosa muy dichoso y por nada de este mundo habría cedido su puesto, aquel medio puesto que ocupaba entre la mujerona y el enfermero, porque al término de todos aquellos sufrimientos estaba Jacobo, estaba París.

En la noche del segundo día, y á eso de las tres de la madrugada, me desperté sobresaltado; acababa de pararse el tren y en el interior del vagón reinaba gran agitación; oí al enfermero que decía á su mujer:

—¡Ya hemos llegado!

—¿A dónde?—pregunté restregándome los ojos.

—¡A París! ¡Pardiez!

Acerqueme precipitadamente á la ventanilla. No ví ca-

sas y sí únicamente una campiña pelada, unos cuantos mecheros de gas, y acá y acullá grandes montones de carbón de piedra, y luego, allá abajo, en la lontananza, un gran resplandor rojizo y un confuso rumor semejante al ruido del mar, un hombre, que llevaba en la mano un farolillo; pasó de portezuela en portezuela diciendo: «¡París! ¡París! ¡Los billetes!» A pesar mío, sin poderlo remediar, retiré la cabeza con un movimiento de terror. Era París.

¡Ah! ¡Grande y feroz ciudad! ¡Con cuánta razón te tenía miedo Poquita Cosa!

Cinco minutos después entramos en la estación, en la que hacía una hora que me esperaba Jacobo. Vile desde lejos con su elevada estatura un tanto encorvada y sus largos brazos de telégrafo que me hacían señas desde detrás de la verja. De un salto estuve á su lado.

—¡Jacobo! ¡Hermano mío!

—¡Ah! ¡Querido niño!

Y nuestras dos almas se unieron con toda la fuerza de nuestros brazos; pero, por desgracia, las estaciones no están organizadas para semejantes desahogos. Hay salas de equipajes, pero no sala de abrazos ni sala de almas. Nos empujaban y nos pisoteaban.

—Seguid adelante, no pararse...—nos decían los vigilantes de consumos.

Jacobo me dijo en voz baja:

—Vámonos, mañana enviaré en busca de tu maleta.

Y dándonos el brazo y tan ligeros como nuestras escarcelas, nos pusimos en camino para dirigirnos al Barrio Latino.

Más adelante y con mucha frecuencia, he procurado recordar la impresión exacta que me produjo París durante aquella noche, pero las cosas, lo mismo que los hombres, adquieren la primera vez que las vemos una fisonomía muy particular que más tarde no volvemos á hallar. Jamás pude reconstituir en mi mente el París de mi llegada; fué como una ciudad nebulosa que hubiese atravesado siendo muy niño, con fecha muy remota y á la que no volviera en muchos años.

Acuérdome de un puente de madera que cruzaba un río todo él negro, luego de un gran muelle desierto y un inmenso jardín que se extendía á lo largo de ese mismo muelle. Durante un momento nos paramos delante de

jardín. A través de las verjas que cercaban á éste, veíanse confusamente barracas, edificios, praderas, estanques y árboles, cuyas ramas hacía brillar la escarcha.

—Es el Jardín de Plantas,—me dijo Jacobo,—y en él hay en gran número osos blancos, leones, boas, hipopótamos.

Y, en efecto, se percibía tufo de fiera y de vez en cuando oíase un grito agudo, un ronco rugido que salían de aquella sombra.

Muy arrimado á mi hermano, contemplé yo haciéndome todo ojos mezclando y confundiendo en un mismo sentimiento de terror aquel París ignoto donde acababa la noche con aquel jardín misterioso, de suerte que me parecía haber abordado en una inmensa caverna oscura y atestada de fieras prestas á echárseme encima. Por fortuna no me encontraba sólo: tenía á mi lado á Jacobo para defenderme... ¡Ah! ¡Jacobo! ¡Jacobo! ¿Por qué no te he tenido siempre como entonces?

Seguimos caminando mucho, muchísimo, á través de un dédalo de oscuras é interminables calles, hasta que mi hermano se detuvo en una plazuela donde había una iglesia.

—Ya hemos llegado á Saint-Germain-des-Prés,—me dijo.—El cuarto está allá arriba.

—¡Cómo! ¿En el campanario?... ¡Debe ser muy cómodo para saber la hora!

Jacobo exageraba un tanto. Ocupaba en la casa, sita al lado de la iglesia, un cuchitril en el quinto ó sexto piso, con una ventana que daba enfrente del campanario de Saint-Germain, precisamente á la altura del reloj.

Al entrar se me escapó un grito de alegría. ¡Chimenea encendida! ¡Qué felicidad! Y sin más preámbulos me acerqué y puse los pies á la lumbre á riesgo de que mis chanclos de goma se derritieran. Sólo entonces notó Jacobo mi estrafalario calzado, y por cierto que se echó á reír como un loco.

—Querido,—me dijo,—no son pocos los hombres célebres que han llegado á París calzando zuecos y se vanaglorian; tú en cambio podrás ufanarte de haber entrado en chanclos de goma, lo cual es más original si cabe. Vaya, ponte esas babuchas y vamos á comer algo.

Y mientras decía esto, el bueno de Jacobo arrasaba hasta dejarla enfrente de la chimenea, una mesita muy bien dispuesta, que había en un rincón del aposento.

## II

## De parte del cura de Saint Nizier

¡Dios mío, y qué bien se estaba aquella noche en el cuarto de Jacobo! ¡Qué alegres y claros destellos enviaba la chimenea sobre los manteles! ¡Y el vino añejo de la botella lacrada cómo olía á violetas! ¡Y la dorada y brufida corteza de la empanada! ¡Ah! Empanadas como aquella, ahora ya no se hacen, y vino como aquél, no beberás nunca más, pobre Eyssette.

Enfrente de mí, al otro lado de la mesa, estaba Jacobo, me echaba de beber, y no levantaba yo los ojos sin tropezar con una mirada cariñosa, suave y risueña como la de una madre.

Y era yo tan dichoso por hallarme con él, que sentía fiebre y charlaba por los codos.

—Vaya, come,—me decía Jacobo, llenándome el plato sin cesar, pero yo, seguía charlando y no comía.

Entonces, sin duda, para hacerme enmudecer, púsose á hablar á su vez, contándome prolijamente y casi sin tomar aliento, todo cuanto le había acontecido desde que nos separamos hacía más de un año.

—Cuando tú te fuiste,—me decía,—y es de notar que ni aun, contando las mayores tristezas, perdían sus labios aquella sonrisa celeste y resignada,—cuando tú te fuiste, tomé nuestra casa un tinte verdaderamente lúgubre. Papá dejó de trabajar; paseábase de continuo por el almacén echando sapos y culebras contra los revolucionarios, y llamándome asno á cada dos por tres, lo cual, como ya supondrás, no hacía prosperar ni mucho menos, los negocios.

Todas las mañanas, letras y pagarés protestados; un día por otro, una visita del tribunal; y á lo mejor, un campañillazo que venía á sobresaltarnos. ¡Ah! te marchaste muy á tiempo.

Llevábamos un mes de esta horrible vida, cuando partió nuestro padre para Bretaña, por cuenta de la Compañía Vinícola, y mamá se fué con el tío Bautista. A ambos les despedí: figúrate mis lágrimas... Tras de ellos desapareció nuestro modesto ajuar, vendido, asómbrate, en medio de la calle, delante de mí, frente á la puerta de casa. ¡Oh! no puedes imaginar cuánta amargura produce la emigración de todo aquello, pieza por pieza. No, imposible comprender hasta qué extremo forman parte de nosotros mismos, los objetos de madera y las prendas de vestir que hay en casa.

Mira, al ver que se llevaban el armario de la ropa blanca, ¿recuerdas? aquel armario que tenía en las hojas de las puertas, unos amorcillos tañendo el violín, me dieron antojos de echar á correr tras el comprador gritando:

—¡Ladrones! ¡Cogedle!

¿No habrías hecho tú lo mismo?

De todo el mobiliario, no me quedó más que una silla, un colchón y la escoba, que me fué, como verás, de summa utilidad.

Arrinconé estas preciosidades en nuestra casa de la calle de la Linterna, cuyo alquiler estaba pagado aún por dos meses, y me quedé solito allí, en aquella gran habitación desmantelada, fría y sin cortinas. ¡Qué días tan tristes, Daniel!

Por las noches, al volver de la oficina, experimentaba un nuevo pesar y una nueva sorpresa al encontrarme solo entre aquellas desnudas paredes. Iba de aposento en aposento, cerrando las puertas con estrépito. A veces creía que llamaban en el almacén y respondía:

—¡Allá voy!

Cuando entraba en el cuarto de mamá, me parecía verla aún haciendo calceta, sentada tristemente en su butaca, junto á la ventana...

Para colmo de desdichas, reaparecieron las malditas arañas.

Sin duda, los asquerosos bichos, que tanto nos dieron

que hacer á nuestra llegada, enterados de vuestra partida, tentaron una nueva irrupción mucho más terrible y formidable que la primera.

Al principio, quise oponer resistencia, y me pasaba horas enteras metido en la cocina, con la vela en una mano y la escoba en la otra, batiéndome como un león, pero llorando siempre.

Por desdicha, no tenía ayuda de nadie, y aun cuando procuraba multiplicarme, ya no sucedía lo que en los buenos tiempos de antes. Las cucarachas aumentaban considerablemente.

Casi estoy por creer que todas las de Lyon—y Dios sabe si hay cucarachas en aquella ciudad tan húmeda—se habían alzado en masa para venir á poner sitio á nuestra morada.

La cocina estaba toda negra de ellas, y no tuve más remedio que abandonársela. A veces iba á verlas por el ojo de la cerradura, y me estremecía al contemplarlas. Había millones de millones... ¿Te figuras acaso, que aquellos malditos bichos se contentaron con la cocina? ¡Ta, ta!... mal conoces á las gentes del Norte... no has visto invasores como ellos.

A despecho de puertas y cerrojos, de la cocina pasaron al comedor, donde tenía mi lecho. Cargué con el colchón y me trasladé al almacén, luego pasé al salón. ¿Te ríes? Pues allí hubiese querido verte, compañero.

Las condenadas cucarachas, fueron empujándome de aposento en aposento, hasta estrechándome en nuestro antiguo cuartito, al extremo del corredor. Dejaronme allí dos ó tres días de tregua; pero una mañana, al despertar, ví como un centenar de ellas, trepando silenciosas por la escoba, en tanto que otro grupo se dirigía en correcta formación hacia mi lecho. Totalmente desarmado y viendo invadido mi último reducto, no me quedaba otro remedio que poner pies en polvorosa. Es lo que hice. Abandoné á las cucarachas, el colchón, la silla y la escoba y me marché para no volver nunca ya á aquella horrible casa de la calle de la Linterna.

Aun hube de pasar en Lyon algunos meses, interminables, sombríos, tristes: en la oficina me llamaban Santa María Magdalena.

No iba á ninguna parte, no tenía un amigo, mi única

distracción, mi único consuelo eran tus cartas... Y á propósito: ¿sabes, querido Daniel, que escribes cosas muy lindas?

Seguro estoy de que, por poco que te empeñaras, podrías entrar en un periódico. No te sucede lo que á mí, que á fuerza de escribir al dictado, he llegado á ser, casi tan inteligente como una maquina de coser. ¡Qué quisieras! No sé escribir un renglón de mi cosecha. Razón tenía el señor Eyssette cuando me decía:

—Jacobo, eres un asno.

Pero después de todo, no debe ser tan malo ser un asno: los asnos son animales robustos, laboriosos, pacientes, dotados de excelente corazón y de lomos muy recios. Pero, volvamos á nuestra historia:

Como quiera que en tus cartas siempre me hablabas de reconstruir el hogar, tomé á pechos, animado por tu efuencia, tan grandioso propósito. Por desgracia, con lo que ganaba allí, apenas tenía bastante para mantenerme, y entonces, fué cuando empezó á halagarme la idea de venir á París.

Supuse que aquí podría ayudar mejor á la familia, que había de hallar todos los materiales necesarios para nuestra famosa empresa de reconstrucción. Decidíme, pues, á partir; pero no sin que antes tomase algunas precauciones, para no caer en estas calles como un gorrión desplumado.

Eso podrás hacerlo tú, si quieres, buen Daniel: los halagos de la fortuna, suelen recibirlos los muchachos guapos, y no los llorones como yo.

Me presenté, pues, á pedir cartas de recomendación á nuestro bondadoso amigo, el párroco de Saint Nizier, que está muy bien relacionado en el «faubourg Saint Germain». Dos cartas me dió, una para un conde y otra para un duque. Ya ves si andaba bien documentado. De allí pasé á ver un sastre, quien sin más que mi buena cara, me dió á crédito un hermoso traje negro, compuesto de frac, pantalón y chaleco.

Y con las cartas metidas en el frac, y el frac liado en un pañuelo, partí sin otro capital que tres luises en el bolsillo: treinta y cinco francos para el viaje, y los veintidós restantes para vivir.

Al siguiente día de mi llegada á París, desde las seis

de la mañana, me habrías visto por estas calles de Dios, de frac y guante amarillo. Hice con ello una ridiculez insigne, mi buen Daniel... sírvate de gobierno. Aquí, en París, á las siete de la mañana, los fraques que no están acostados, deben estarlo.

Yo no lo sabía, y andaba muy orondo paseando el mío por las principales calles, y dando recios taconazos con mis zapatos nuevos.

Si, hasta llegué á imaginar, que saliendo temprano, daría más fácilmente con la Fortuna. Error: en París la Fortuna no madruga.

Héteme, pues, trotando por el «faubourg Saint Germain», con mis cartas de recomendación en el bolsillo.

Me encaminé primero á ver al Conde, calle de Lille, y luego al Duque, calle de San Guillermo. En ambas casas encontré lo mismo: los criados limpiando los zaguanes y escaleras y dando una mano de albayalde á las campanillas.

Cuando esos tunos supieron que deseaba ver á sus amos de parte del párroco de Saint Nizier, se echaron á reír en mis barbas, y me arrimaron sendos cubos de agua entre las piernas... ¡Paciencia!

Después de todo, mía era la culpa, pues, á tales horas, sólo van á las casas los pedicuros. Con una vez nada más, me lo tuve por sabido.

Tú, en mi lugar, te conozco, no hubieras vuelto para no tener que afrontar las burlonas miradas de aquella chusma.

Pues yo volví el mismo día, al principiarse la tarde, y pedí á los mismísimos criados, que me introdujeran á presencia de sus amos, por supuesto, de parte del párroco de Saint Nizier.

No tuve que arrepentirme de este rasgo de audacia, ambos estaban visibles y fui introducido en el acto. Me encontré con dos hombres y dos recibimientos bien distintos. El conde de la calle de Lille me acogió con suma frialdad.

Su cara larga, enjuta y grave, hasta rayar en solemne, me intimidó sobremanera, y no supe decirle ni cuatro palabras.

El, por su parte, apenas si me habló: después de pasar la vista por la carta del párroco de Saint-Nizier, se la me-

lló en el bolsillo, tomó las señas de mi domicilio y me despidió con un gesto glacial, diciéndome:

—Le tendré á usted presente; no hay necesidad de que vuelva por acá; cuando encuentre algo para usted, le escribiré.

¡Diablo de hombre! Me dejó anonadado. Por fortuna la acogida que encontré en la calle de San Guillermo vino á reanimarme.

Figúrate el duque más amable, expansivo, franco y campechano que pueda haber en el mundo. ¡Y qué inmenso cariño profesaba á su querido párroco de Saint-Nizier! ¡Oh! no cabía duda, todo lo que de él emanara había de verse acogido inmejorablemente en la calle de San Guillermo. ¡Qué buen hombre, y qué francote! De buenas á primeras nos hicimos amigos.

Ofrecíome un polvo con perfume de bergamota, me tiró de la yema de la oreja, y me despidió dándome con los dedos en las mejillas, y profiriendo estas excelentes palabras:

—Su asunto de usted corre por mi cuenta. Antes de poco, tendrá lo que necesita. En tanto, véngase usted por acá tan á menudo como guste.

Marchéme encantado de su amabilidad.

Por discreción, pasé dos días sin ir; pero el día tercero me dejé caer en el palacio de la calle de San Guillermo. Un estafermo que vestía azul y oro, preguntó por mi nombre, y yo, le respondí dándole tono:

—Anuncie usted, que soy el recomendado del párroco de Saint-Nizier.

Al cabo de un rato volvió á salir.

—El señor duque está muy ocupado y ruega á usted que le dispense que no salga, y se sirva pasar cualquier otro día.

Pues no había de dispensarle, ¡pobre duque! ¡No faltaba más!

Al día siguiente, á la misma hora, volví y hallé al estafermo azul de la víspera, colgado á la balaustrada como un guacamayo.

Apenas me vió, sin darme tiempo de acercarme, dijo me con gravedad:

—El señor duque ha salido.

—Está bien,—respondí,—volveré. Dispénsese usted,

obsequio de participarle que ha estado aquí el recomendado del párroco de Saint-Nizier.

Volví un día y otro día, y siempre inútilmente. Cuando el duque no estaba en el baño, había salido á misa, un día, estaba jugando á pelota, otro tenía recepción... Pues, hombre, precisamente á eso mismo iba yo: á que me recibiera.

Por fin, yo mismo eché de ver tanta ridiculez en mi eterno estribillo: «De parte del párroco de Saint-Nizier» que me abstuve de mentarlo. Pero desde entonces, el papagayo azul de la escalera, cual si lo hiciera adrede, no me dejaba partir una sola vez, sin exclamar con seriedad imperturbable:

—Usted será, sin duda, el que viene de parte del párroco de Saint-Nizier.

Los otros papagayos que mataban el tiempo en la zaguán soltaban la carcajada. ¡Badulaques! De buena gana os habría arrimado un palo, y os juro que no lo hubierais recibido de parte del cura de Saint-Nizier, sino de parte mía.

Diez días llevaba ya en París, cuando una tarde, al volver con las orejas gachas, de una de mis repetidas visitas á la calle de San Guillermo, había jurado ir allí diariamente hasta que me pusieran de patitas en la calle, en la portería me encontré con una esqueja. ¿De quién dirías?... ¡Del conde!

Si, chico, del conde de la calle de Lille, quien me invitaba á presentarme á la mayor brevedad, á su amigo el marqués de Hacqueville. Este marqués necesitaba secretario.

¡Figúrate cuánta alegría! ¡Y qué lección me daba la tal esqueja!

Justamente aquel hombre tan frío y parco de palabras con quien no contaba para nada, ocupábase de mí, mientras el otro, tan campante y francote, me tenía hecho un poste en su escalera entregándome lo propio que al párroco de Saint-Nizier, á las insolencias y cuchufletas de aquel enjambre de papagayos. Esta es la vida, chico, y en París se aprende pronto.

Fuíme, sin perder momento, á ver al marqués de Hacqueville, y me encontré con un vejete movedido, enjuto,

nervioso, vivaracho y alegre como una avispa. Verás qué tipo.

Figúrate, una cabeza aristocrática, fina y pálida, pelos tiesos como cruces, y solo un ojo: el otro murió de una escotada, ya hace mucho tiempo. Pero el que le queda, revela tal viveza, es tan brillante, investigador y parlero, que en realidad, no puede decirse que el marqués pertenezca á la categoría de los tuerlos, sino que ha reunido sus dos ojos en uno. Ni más ni menos.

Al verme en su presencia, empecé dirigiéndole cuatro frases de cumplido; más él me atajó en seguida:

—Déjese usted de vana palabrería, que á mí no me gusta, y vamos al grano.

He comenzado, aún que algo tarde, á escribir mis memorias, y no me queda tiempo que perder, pues voy haciéndome viejo.

Calculo que empleando todos mis instantes, necesitaré tres años para dar cima á mi tarea. Soy setentón, me flaquean las piernas; pero mi cabeza se mantiene bien. Así, pues, espero gozar aún tres años de vida y llevar á buen término mis memorias. Sólo que no me sobra ni un minuto.

No lo comprendió así mi secretario, el muy imbécil, por otra parte muchacho listo, si los hay, que me tenía prendado, se enamoró y se metió en el cacúmen que había de casarse.

Hasta aquí nada tenía que objetar; pero una mañana, el muy tonto, vino á pedirme dos días de licencia para celebrar sus bodas. ¡Ah! ¿con que dos días de licencia? Ni un minuto.

—Pero, señor marqués...

—No hay señor marqués que valga... Esté usted dos días sin venir; pero no vuelva ya.

—Pues, entonces, me doy por despedido.

—Feliz viaje.

Y así se ha marchado...

Ahora bien, cuento con usted para reemplazarle. Las condiciones son estas: el secretario viene á mi casa todas las mañanas, á las ocho: se trae el almuerzo. Yo le dicto hasta el mediodía. Al mediodía almuerzo solo, pues yo no almuerzo nunca. Después de almorzar en un santiamén otra vez manos á la obra. Caso que tenga precisión de sa-

lir, el secretario me acompaña provisto con papel y lápiz, pues yo ando dictando siempre, en el carruaje, en el paseo, haciendo visitas, en todas partes. Por la noche, el secretario come conmigo y después de comer se lee lo escrito durante el día.

A las ocho me acuesto, y el secretario queda en libertad hasta el día próximo.

Honorarios: cien francos mensuales con comida. No es un Potosí, lo sé; pero dentro de tres años, una vez estén concluidas mis memorias, tendré un buen regalo, un regalo de príncipe, á fe de Hacqueville! No le pido sino mucha puntualidad, que no se case y que lleve la pluma con rapidez.

¿Escribe usted al dictado?

—¡Oh! Perfectamente, señor marqués,—le respondí aguantando la risa.

¿Has visto nada más cómico que el encarnizamiento con que el destino me condena á pasarme toda la vida escribiendo al dictado?...

—Vamos á ver, siéntese usted,—repuso el marqués:—ahí tiene usted papel y tinta. Y manos á la obra, desde luego. Estamos en el capítulo XXIV: «Mis diferencias con el señor de Villé». Escriba usted...

Y se puso á dictar con voccecita de cigarra andando á saltitos por el aposento.

Así fué como entré en casa de ese tipo que en el fondo es un excelente sujeto. Hasta ahora él está contento de mí y yo de él: anoche al enterarse de que ibas á llegar, se empeñó de todos modos en que me llevara esa botella de vino añejo para obsequiarte. Ese es el vino que bebemos diariamente en la comida, con que calcula si comeremos bien. Eso sí, por la mañana compro el almuerzo y te reirías si me vieras comer dos tristes sueldos de queso italiano en un plato finísimo de Moustier y sobre sus manteles blasonados. Y no vayas á creer que el buen marqués obre de esta suerte por tacañería, no; lo hace para ahorrar á su viejo cocinero, el señor Pilois, la molestia de tener que preparar mi almuerzo... En resumen de cuentas, nada tiene de desagradable la vida que llevo. Las memorias del marqués son muy instructivas y me entero de una porción de pormenores referentes á los señores Decazes y de Villé, que algún día han de servirme. A las ocho de la noche

quedo en libertad y voy á un gabinete de lectura á pasar la vista por los periódicos ó bien me llevo á saludar al amigo Pierrotte... ¿Te acuerdas de Pierrotte?... Hombre, sí, Pierrotte el de la Cévennes, el hermano de leche de mamá... Pero no te figures, chico, que el Pierrotte de hoy sea aquel Pierrotte de otros tiempos: hoy es un señor Pierrotte como un templo. Posee una magnífica tienda de porcelanas en el Pasaje del Salmón, y como se querían mucho él y mamá, he hallado siempre abiertas de par en par las puertas de su casa. Un buen recurso para las veladas de invierno... Pero ahora que tú estás aquí, lo que menos cuidado me da son las veladas... Ni á ti tampoco. ¿Verdad «hermanote»? ¡Ah! ¡Daniel, Daniel!... ¡No puedes figurarte cuán alegre estoy! ¡Y qué dichosos vamos á ser los dos!

## III

## Mamá Jacobo

Jacobo había terminado su Odissea: ahora llegaba su vez á la mía. En vano la lumbre se apagaba y parecía decirnos por señas: «Idos á acostar, muchachos»; en vano las velas chisporroteando, decían: «¡A la cama! ¡A la cama! ¡No nos veis, consumidas hasta las arandelas?»

—Ea, callarse,—les dijo Jacobo sonriendo, y prosiguió el coloquio.

Inútil decir si Jacobo se interesaría por mi relato, reduciendo á contar la vida que había llevado Poquita Cosa en el colegio de Sarlande, aquella vida tan triste que sin duda el lector recuerda todavía. Habléle sucesivamente de aquellos rapaces feroces y deformes, de las persecuciones, humillaciones y rencores, de las llaves del señor Viot, siempre enfurruñadas, del cuartito del sotabanco tan ahogado, de las traiciones sin fin, de las noches que pasé llorando, y además (Jacobo es tan bueno, que no hay por qué ocultarle nada), de las francachelas del café Barbette, del ajeno tomado en compañía de cabos y sargentos, de las

deudas contraídas, del aburrimiento y el abandono de mí mismo, de todo, en fin, hasta del suicidio y de la terrible predicción del abate Germán.

—Has de ser un niño mientras vivas.

Con los codos sobre la mesa y la cabeza apoyada en la palma de ambas manos, escuchaba Jacobo toda mi confesión, sin interrumpirme... De vez en cuando noté que se estremecía y oí que suspiraba:

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito!

Al acabar, se levantó, cogióme ambas manos y con voz dulce y temblorosa, me dijo:

—¿Sabes que el abate Germán habló muy cuerdamente? En efecto, Daniel, eres un niño, un chiquitín incapaz de andar solo por el mundo, y has hecho bien viniendo á refugiarte aquí, á mi lado. De hoy más no eres sólo mi hermano, eres mi hijo también, y puesto que mamá está tan lejos, voy á reemplazarla. Dí, Daniel... ¿Quieres que sea tu mamá Jacobo? No te figures que he de abrumarte, no: lo único que pido es que me permitas andar siempre á tu lado llevándote de la mano. Con esto podrás vivir tranquilo y mirar al mundo de frente como un hombre cabal: no se te comerá, no tengas miedo.

Por toda respuesta precipitéme en sus brazos, contestándole:

—¡Oh, Jacobo, desde ahora serás mi segunda madre! ¡Cuán bueno eres!

Y me quedé llorando apoyado en sus hombros, llorando como una Magdalena, sin poderlo remediar, como el antiguo Jacobo de Lyon, no el de ahora que no llora ya, pues dice que se le secó el pozo y que suceda lo que suceda, no llorará nunca más.

En aquel instante dieron las siete: pálidos vislumbres penetraban en el cuarto tiritando á través de los cristales de la ventana.

—Ya amanece, Daniel,—dijo Jacobo.—Es hora de dormir. Acuéstate en seguida, que debes necesitarlo mucho.

—¿Y tú, Jacobo?

—¡Oh! Yo no llevo como tú dos días de ferrocarril sobre las costillas... Además, antes de ir á mis tareas, debo pasar por el gabinete de lectura á devolver unos libros y no me queda tiempo que perder... Ya sabes que con el marqués de Hacqueville no hay que gastar bromas... A las

ocho de la noche volveré... Mira, cuando hayas descansado, sal á dar una vuelta. Te recomiendo sobre todo...

Mamá Jacobo me hizo un sin fin de recomendaciones de sumo interés para un novato como yo. Por desgracia, al s6n de sus palabras, acostado ya y sin dormir precisamente, empezaron á ofuscárseme las ideas. El cansancio, la empanada, las lágrimas... Oía confusamente una voz que hablaba de un restaurant que está cerquita, de dinero en el bolsillo de mi chaleco, de puentes que había de atravesar, de boulevares que había de seguir, de guardias municipales á quienes preguntar, y del campanario de Saint-Germain-des-Prés», como punto de orientación. Aquel campanario era lo que más me impresionaba entre la somnolencia, tanto, que vislumbré dos, cinco, diez campanarios de Saint-Germain, puestos en fila alrededor de la cama como otros tantos postes indicadores. Por entre esos campanarios que parecía que alguien iba y venía por el cuarto, hurgaba la lumbre de la chimenea, corría las cortinas de la ventana, después se acercaba, me ponía un cobertor sobre los pies, me daba un beso en la frente y se alejaba de puntillas, cerrando la puerta con cuidado...

Dormía como un lirón hacía algunas horas y creo que habría dormido así hasta el regreso de mamá Jacobo, cuando al sonido de una campana desperté súbitamente. Era la campana de la Sarlande, la maldita campana de hierro que repicaba como de costumbre: «¡Din! ¡dón!... ¡A levantarse!... ¡Din! ¡dón! ¡á vestirse!» De un brinco salté de la cama hasta mitad del aposento con la boca abierta, presto á gritar como en el dormitorio:

—¡Arriba, señoritos!

Mas luego, al ver que me encontraba en el cuarto de Jacobo, solté una carcajada y me puse á triscar locamente por la estancia. Lo que había tomado por la campana de Sarlande, era el timbre de una fábrica de la vecindad que sonaba seca y ferozmente como el del colegio. El del colegio tenía, no obstante, cierto sonido más antipático, algo así como un timbre de hierro más acentuado. Por fortuna me quedaba á doscientas leguas de distancia, y por recio que repicara no era fácil que desde allí lo oyese.

Me encaminé á la ventana y la abrí de par en par. Poco me hubiera sorprendido, por cierto, encontrarme sobre el

patio de los mayores, con sus árboles melancólicos y el hombre de las llaves rozando las paredes...

Al abrir la ventana daban las doce en todos los campanarios. El de Saint-Germain fué el primero que tocó el «Angelus», casi á mi lado. Sus graves notas penetraban en el aposento por la ventana de tres en tres y reventaban al caer como burbujas sonoras, llenando todo el cuarto de resonancias. Al «Angelus» de Saint-Germain respondieron los demás de París con diversos tonos... Al propio tiempo y como atraído por las campanas, un rayo de sol rasgó los girones de nubes, reflejándose sobre los tejados húmedos aun por la bruma. Abajo, París mugía invisible... Permanecí un instante contemplando cúpulas, agujas y torres, heridas por la luz del sol; luego los rumores de la ciudad ascendieron hasta mí, y sentíme acometido de una comezón irresistible de zambullirme y rodar por entre aquella rumorosa muchedumbre llena de vida y de pasiones, por lo que me dije con embriaguez:

—¡Vamos á ver París!

#### IV

### La discusión del presupuesto

De fijo que el día aquel más de un parisiense al volver á su casa por la noche, diría sentándose á la mesa:

—¡Si hubieseis visto qué hombrecillo anda hoy por esas calles! Lo cierto es que con sus largas melenas y los pantalones excesivamente cortos, con sus chanclos de goma y sus medias azules, con cierto tufillo provinciano y aquel solemne continente en el andar tan propio de todos los enanos, Poquita Cosa había de ofrecer un tipo eminentemente cómico.

Esto ocurría cabalmente un día de á fines de invierno, uno de esos días bonancibles y luminosos que son en París más primaverales que la primavera misma. Las calles rebosaban gentío. Algo aturdido por el rumoroso vaivén

de la muchedumbre, iba yo dominado por cierta timidez, rozando las paredes de las casas. A los que atropellaba les decía:

—Dispense usted,—y me ruborizaba.

Mi única preocupación consistía en que pudieran tomarme por un provinciano, de suerte que ni por pienso me paraba ante los escaparates de las tiendas, y por nada del mundo hubiera preguntado por tal ó cual calle. Tomaba una y después otra, siempre en línea recta. Todo el mundo fijaba en mí sus miradas, y esto me molestaba en extremo. ¡Cuántas gentes volvían el rostro para verme pasar! Todos los ojos se reían, y hasta una mujer dijo á su acompañante:

—Mira qué tipo.

Esta frase casi me hizo tropicar... Lo que me inquietaba sobre todo, era la mirada inquisitorial de los guardias municipales. Apostados en todas las esquinas asestaban sobre mí sus ojos silenciosos, diabólicos y hasta después de haber pasado, sentía como si siguieran abrasándome la espalda. Esto me ponía inquieto, francamente.

Así anduve por espacio de una hora, poco más ó menos hasta desembocar en un boulevard espacioso plantado de árboles raquíticos. Había allí tal barullo, tanto gentío, y circulaba un número tal de carruajes, que me detuve casi amedrentado.

—¿Cómo salir de este berengenal?—me decía.—¿Cómo volver á casa? Si pregunto por el campanario de Saint-Germain des Prés, se van á reír de mí. Capaces son de tomarme por una campana extraviada al regresar de Roma el día de Pascua.

Para adoptar una resolución detúvome ante los anuncios de teatros, simulando la preocupación del hombre que combina su programa de espectáculos para la noche. Pero, por interesantes que fuesen los tales anuncios, no podían proporcionarme el menor informe acerca del campanario de Saint-Germain, y me exponía á permanecer allí clavado hasta el primer trompetazo del juicio final, á no ser por mamá Jacobo que surgió á mi lado de improviso, y en verdad que su asombro no cedía al mío.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Daniel? ¿Qué haces aquí?

Contesté con negligencia:

—Ya ves, me paseo.

El buen Jacobo me observaba con admiración.

—¡Hombre, cualquiera te tomaría por un parisino hecho y derecho ¡de veras!

En realidad estaba tan complacido de encontrarme con él, que me colgué á su brazo con infantil regocijo, tal como en Lyon, cuando papá vino á recibirnos en el barco.

—¡Qué fortuna haberte encontrado!—dijo Jacobo.—El marqués está hoy muy afónico, y como dictar por gestos no es posible afortunadamente, me ha despedido esta mañana... ¿Qué te parece si aprovecháramos el tiempo dando un buen paseo?

Y arrastrándome consigo, hétenos corriendo por París, pegados el uno al otro, contentos y orgullosos por vernos juntos.

Yendo con él, el barullo ya no me espantaba. Erguí la cabeza y marché con el aplomo de un corneta de zuavos, ¡y ay del primero que se riera de mí! Algo me inquietaba no obstante. Observo que Jacobo á medida que andábamos, me miraba algunas veces con cierto aire compasivo, y no me atreví á preguntarle el por qué de sus miradas.

—¿Sabes que son muy lindos tus chanclos de goma?—díceme pasado un momento.

—¿De veras?

—Sí, chico, lindísimos.—Y luego sonrió añadiendo:

—Pero mira, así que tenga dinero voy á comprarte un par de zapatos para que puedas metértelos dentro de los chanclos si así te place.

El pobre no dudó que hablaba sin ánimo de molestarme; pero dijo lo bastante para desazonarme. El rubor volvió á sobrecogerme, y sentí una gran vergüenza: para el boulevard, inundado de sol, me encontré tan ridículo con los dichosos chanclos que á pesar de lo que Jacobo dijera, y asegurara en abono de mi calzado, insistí en volver á casa en seguida.

Llegamos: instalados cerca de la lumbre, pasamos el resto del día charlando alegremente como un par de gorriónes en un alero... Al anochecer llamaron á la puerta: era un criado del marqués que traía mi baul.

—¡Bravo!—dijo mamá Jacobo,—con tu permiso voy á inspeccionar tu guardarropa.

—¡Ay misero de mí! ¡Mi guardarropa!...

Empezó la revista. ¡Era de ver con qué semblante lasti-

mosamente cómico hicimos el pobrísimo inventario! Jacobo de rodillas ante el baul, extraía los objetos uno tras otro y los anunciaba en alta voz:

—Un diccionario... una corbata... otro diccionario... ¡calla una pipa... ¡Hola! ¿con qué ya fumas?... Otra pipa... ¡Bondad divina! ¡Cuántas pipas!... ¡Si tuvieses tantos calcetines como pipas!... ¿Y ese libraco?... ¿Qué es eso?... ¡Ah, ah!... «Registro de castigo... Boucoyran, 500 líneas... Soubeyrol, 400 líneas... Boucoyran... Boucoyran»... ¡Carapel!... ¡Qué pocas contemplaciones le guardabas á ese tal Boucoyran!... Pero ¡qué quieres! Creo que dos ó tres docenas de camisas nos vendrían mucho mejor... ¿no te parece?...

Al llegar aquí, mamá Jacobo da un grito de sorpresa.

—¡Misericordia! Pero Daniel, ¿qué es lo que miro?... ¡Versos!... ¡Son versos!... ¿Con qué conservas la costumbre de hacer versos?... ¡Anda allá remilgado!... Vamos á ver, ¿por qué no me lo habías dicho en tus cartas?... Y eso que te consta que no soy profano en la materia... ¡Cómo que he hecho poemas!... ¿Te acuerdas? «¡Religión! ¡Religión! ¡Poema en doce cantos!...» ¡Con qué, señor poeta lírico, veamos que tal son tus poesías!...

—No, Jacobo, por Dios... no valen la pena.

—Todos los poetas sois lo mismo,—dijo Jacobo riendo.—Ea, no seas pesado, ponte ahí y léeme tus versos... ó de lo contrario lo hago yo, ya sabes que leo muy mal.

Esta amenaza era bastante decisiva. Empecé á leer.

Eran versos escritos en el colegio de Sarlande, los más á la sombra de los castaños de la Pradera, los días de salida... ¿Eran buenos ó malos?... Difícil acordarse de ello; de lo que sí me acuerdo, es de la emoción que sentía al leerlos... ¡Cómo no!... Poesías que nadie había visto nunca... Y luego el autor de «¡Religión! ¡Religión!» que no era moco de pavo... ¿Se reiría de mí?... ¡Ah!

A medida que leía, la música del metro de las rimas me embriagaba y mi voz se serenó. Sentado junto á la ventana, Jacobo me escuchaba impasible... Detrás de él, en el horizonte, el sol descendía á su ocaso, redondo y encendido: igneos arboles se reflejaban en los cristales. En el reborde del tejado un gato flacucho bostezaba y se desesperaba sin perdernos de vista: parecía un enfurruñado pensionista de la Comedia francesa, oyendo la lectura de una

tragedia... Yo veía todo eso con el rabillo del ojo, sin interrumpirme.

¡Triunfo inesperado! Apenas acabé de leer, Jacobo se levantó de su asiento y me abrazó lleno de entusiasmo.

—¡Daniel!... ¡Daniel!... ¡Magnífico!... ¡Sublime!...

Yo le miré con alguna desconfianza.

—¿De veras, Jacobo?... ¿Te ha gustado?...

—¡Soberbio!... ¡Estupendo!... ¡Ah! ¡Y pensar que teniendo un tesoro en el baul nada me habías dicho!... ¡Parece mentira!

Dicho esto, empezó á pasearse descompasadamente por el cuarto refunfuñando entre dientes y gesticulando. De improviso se detuvo y dijo con gran solemnidad:

—Daniel ¡o que acabas de leerme nada deja que desear... Eres poeta y poeta debes ser... Por ahí puedes abrirle un gran camino.

—¡Ay, Jacobo!... ¡Muy difícil lo veo!... ¡Los comienzos sobre todo son tan escabrosos!... No se gana nada.

—¡Y qué! ¿No estoy yo aquí?... No tengas cuidado: yo trabajaré y ganaré para los dos.

—¿Y cómo queda el hogar, Jacobo, el hogar que hemos jurado reconstituir?

—El hogar déjalo por mi cuenta. Me siento con bríos para reconstituirlo yo sólo... Tú lo ilustrarás y calcula cuán ufanos van á ponerse nuestros padres al sentarse en un hogar que tú habrás hecho célebre...

En vano intenté oponer algunas objeciones; Jacobo las desmenuzó, las trituró con una sola palabra. Por lo demás, fuerza es confesar que si me defendía, era muy débilmente. El entusiasmo fraternal empezó á contagiarme: la fe poética se apoderó de mí con pasmosa rapidez y sentí en todo mi sér una especie de cosquilleo lamartiniano... Sólo en un punto Jacobo y yo no estuvimos de acuerdo. Jacobo quería que á los treinta y cinco años ingresase en la Academia francesa, y yo me negué categóricamente. ¡Por vida de la Academia!... Se ha visto nada más rancio y pasado de moda que esa pirámide de Egipto carcomida!...

—Pues, mira, por esto sólo debes ingresar,—me objetó Jacobo.—Precisamente debes ir á inocular un poco de sangre joven en las venas de todas esas momias del Palacio

Poquita Cosa.—9

Mazarino... Y luego, ¡calcula qué alegrón vas á dar con ello á la señora Eyssette!...

¡Quién se resiste! El nombre de la señora Eyssette es un argumento que no tiene vuelta de hoja. ¡Es necesario cargar con la casaca verde y resignarse!... Vaya, ingresar en la Academia y si mis colegas me aburren demasiado, haré lo que Merimée, no asistiré nunca á las sesiones.

Durante esta discusión fué anocheciendo. Las campanas de Saint-Germain doblaban alegremente cual si quisieran festejar la entrada de Daniel Eyssette en la Academia francesa.

—Vamos á comer,—dijo mamá Jacobo, ufano de ir en compañía de un académico, y me condujo á un figón de la calle de San Benito.

Es el tal figón un pequeño restaurant para gente de poco pelo, con mesa redonda en la sala del fondo destinada á los parroquianos. Nosotros nos instalamos en la primera sala entre varias personas de traje raído y apetitoso, voraz que limpiaban sus platos silenciosamente.

—Mira,—me dijo Jacobo en voz baja,—los más son teratos.

Semejante observación no pudo menos de inspirarme melancólicas reflexiones que me callé sin comunicárselas á Jacobo, temeroso de entibiar su noble entusiasmo.

Salvo este detalle, la comida transcurrió en medio de la mayor alegría. El señor Daniel Eyssette (de la Academia francesa) hizo gala de un ingenio inmenso y de un apetito insaciable. Después del refrigerio, nos encaramamos de nuevo en el campanario y mientras el señor académico fumaba su pipa, sentado á horcajadas en el antepecho de la ventana, Jacobo se sentó á la mesa engolfándose en un trabajo de cálculo que parecía inquietarle mucho. Se rotaba las uñas, se agitaba frenético en su asiento, sacaba cuentas con los dedos, y al fin, se levantó lanzando un grito de triunfo.

—¡Bravo!... Por último ha salido...

—¿De qué se trata, Jacobo?

—De arreglar un presupuesto, tarea nada baladí... ¡Calcula sino que con sesenta francos mensuales hemos de vivir los dos...

—¿Cómo! ¿sesenta no más?... ¿No me habías dicho que ganabas cien en casa del señor marqués?..

—Es verdad; pero tú no piensas que hay que mandar cuarenta todos los meses á la señora Eyssette, para la reconstrucción del hogar... Quedan, pues, sesenta francos limpios, quince para el cuarto, ya ves que no es caro. Pero eso sí, debo hacerme la cama.

—La haré yo.

—¡Quieres callar!... ¿Hacer la cama todo un académico? ¡Dónde iríamos á parar! Pero volvamos al presupuesto... Decíamos quince francos para el cuarto, cinco para carbón —sólo cinco francos porque voy yo mismo á la fábrica á buscarlo:—quedan cuarenta francos. Pongamos para tus comidas treinta. Irás al figón de esta noche; por quince sueldos, sin postres, ya has visto que no se come tan mal: te destino cinco sueldos para el almuerzo. ¿Tendrás bastante?

—Ya lo creo.

—Aun nos quedan diez francos para la lavandera... ¡Lástima que por falta de tiempo no pueda ir yo mismo al lavadero!... Quedan tres francos por invertir y los distribuyo de este modo: treinta sueldos para mis almuerzos... Ya ves, teniendo como tengo todos los días una opípara comida en casa del marqués, puedo pasar muy bien con un almuerzo más ligero que el tuyo. Ahora, por lo que respecta á los restantes treinta sueldos, servirán para gastos menores como tabaco, sellos y otras frioleras imprevistas... Suma total, sesenta francos... ¡Qué tal!... ¿Está bien sacado el cálculo?

Lleno de entusiasmo, Jacobo echó cuatro zancadas por el aposento; pero de súbito se detiene y su rostro toma un tinte de consternación.

—¡Vaya un hacendista!... Este presupuesto ha de rehacerse... Pues no se me había olvidado...

—¿Qué?

—Las velas... ¿Cómo te las compones tú sin velas para trabajar de noche?... Este sí que es un gasto indispensable y que no baja de cinco francos mensuales... Vamos á ver, ¿de dónde descuelgo yo esos cinco francos?... El dinero destinado á mamá es sagrado y bajo ningún pretexto... Calla, chico... ya lo tengo arreglado... Marzo se nos viene encima y con el la primavera, el calor, el sol...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el calor hace inútil el carbón, de

modo que los cinco francos destinados á carbón se transforman en cinco francos de velas, y el problema está resuelto... Decididamente yo he nacido para ministro de Hacienda, ¿no te parece?... Lo que es ahora el presupuesto se tiene sobre sus patas. Creo que no habré omitido nada... No olvido que hay que calzarse y vestirse; pero ya sé de qué echar mano... Como todos los días desde las ocho de la noche quedo en libertad, voy á buscar una plaza de vendedor de libros en una tiendecilla cualquiera. Estoy seguro que Pierrotte me encontrará una buena proporción.

—¡Magnífico!... Pero Jacobo, á lo que veo correrás muy bien con el amigo Pierrotte... ¿Vas á verle á menudo?

—Sí, muy á menudo... Por las noches suele haber concierto.

—¡Calla! ¿Se dedica á la música el señor Pierrotte?

—El no, su hija.

—¡Ah, ah!... ¿Con que tiene una hija?... ¡Ah, tunantón! ¿Y qué tal? ¿Es guapa la señorita Pierrotte?

—Mucho me preguntas de una vez... Otro día lo sabrás. Ahora es ya muy tarde y precisa acostarse.

Sin duda para disimular el embarazo que mis preguntas le produjeron, Jacobo se puso á hacer la cama con el esmero de una solterona.

Precisamente era una cama de hierro por el estilo de las que teníamos en Lyon, calle de la Linterna.

—Jacobo, ¿te acuerdas de nuestra camita de la calle de la Linterna, en la época aquella en que leíamos novelas de hurtadillas? ¿Te acuerdas? El señor Eyssette desde su alcoba nos decía con voz estentórea: ¡Apagad la luz, muchachos, ó me levanto!

Jacobo se acordaba de esto y de otras muchas cosas. De recuerdo en recuerdo, dan las doce de la noche en Saint-Germain, y en lo que menos pensábamos era en dormir.

—¡Vaya!... ¡Buenas noches!—me dice Jacobo resueltamente... Pero apenas transcurridos cinco minutos, rompe una sonora risotada arrebujaado en el cobertor.

—¿De qué te ries, Jacobo?

—Del abate Micou, el abate Micou de la escolanía... ¿Te acuerdas?

—¡Vaya, si me acuerdo!

Y volvemos á reírnos á charlar, á charlar y á reírnos á

tasa ni medida... Ahora yo soy el que le hace entrar en razón diciéndole:

—Chico, mira que es muy tarde, durmamos.

Pero un momento después, yo mismo vuelvo á empezar:

—¿Salmonete, Jacobo, Salmonete el de la fábrica?...

—¿No te acuerdas de Salmonete?

Y otra vez risas y charla que no se acaban nunca.

De repente un fuerte puñetazo hace retemblar el tabique de mi lado, el lado de la pared. Consternación general.

—Es Cucú-Blanc...—me dice Jacobo al oído.

—¿Cucú-Blanc?... ¿Y qué demontre es eso?...

—Habla más quedo... Cucú-Blanc es nuestra vecina...

Sin duda se ha incomodado porque no la dejamos dormir.

—¡Caramba qué nombre! ¡Cucú-Blanc! ¿Y es joven nuestra vecina?

—Ya la verás... un día ú otro vas á tropezar con ella en la escalera y podrás juzgar por ti mismo... Pero, ea, á dormir, ó sino Cucú-Blanc volverá á enfadarse.

Dicho esto, Jacobo apagó la vela y el señor Daniel Eyssette (de la Academia francesa) se quedó profundamente dormido sobre las espaldas de su hermano, como cuando tenía diez años.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTERREY, MEXICO

### Cucú Blanc y la señora del principal

En la plaza de Saint-Germain-des-Prés, en el rincón de la iglesia, á mano izquierda, en el reborde de los tejados, se abre una ventana pequeña y ¡ay! no puedo contemplarla sin que se me oprima el corazón. Pertenezco á nuestra antigua vivienda, y aun hoy no paso por allí sin ver al Daniel de aquellos tiempos, sentado á la mesa arriada á los cristales, y contemplo con lástima al Daniel de hoy, melancólico, taciturno, y ya encorvado.

¡Ah! antiguo reloj de Saint-Germain, ¡cuán bellas eran

las horas que para mí tocabas, cuando vivía allá arriba con mamá Jacobo!... ¿No podrías volver á dar algunas de aquellas horas de valor y juventud? ¡Ay! ¡Era en aquel entonces tan dichoso... y trabajaba con un ardor tan grande!

Todas las mañanitas nos levantábamos con el día. Cuidábase Jacobo del arreglo de la casa, iba por agua, limpiaba el cuarto y ponía la mesa en orden. A mí me estaba vedado tocar nada. Cuando le decía:

—¿Jacobó, quieres que te ayude?—se echaba á reír:

—No faltaba más, Daniel. ¿Y la señora del principal? Con esta frase llena de alusiones me cerraba el pico.

He aquí por qué.

En los primeros días de nuestra existencia en común era yo el encargado de bajar por agua al patio... A otra hora cualquiera del día, quizás no me hubiese arriesgado; pero por la madrugada toda la casa dormía, y mi vanidad no corría peligro. Imposible que nadie me sorprendiese en la escalera con el cántaro en la mano. Al despertarme, bajaba corriendo, á medio vestir; el patio estaba desierto. Sólo alguna que otra vez me encontraba con un palafrenero, que vestía camisola roja, limpiando los arcos junto á la bomba. Era el cochero de la señora del principal, criolla joven y elegantísima de quien se hablaba mucho en toda la casa. La presencia de este hombre era lo bastante para contrariarme: me daba vergüenza, agitaba la bomba y con el cántaro á medio llenar me volvía al cuarto á escape. Una vez arriba advertía la ridiculez; pero esto no obstante, al día siguiente volvía á avergonzarme, apenas divisaba la camisola roja en el patio... Un día tuve la buena fortuna de verme libre de la enojosa camisola, por lo que subía más alegre que de costumbre con el cántaro lleno del todo; pero poco antes de llegar al primer piso, tropecé con una mujer que bajaba. Era la señora del principal.

Majestuosa y altiva, fijos los ojos en un libro, descendía los peldaños con lentitud envuelta en una ola de crujiendo seda. A primera vista me pareció muy bella, aunque quizás excesivamente pálida, y de sus facciones lo que más profundamente se grabó en mi memoria, fué una pequeña cicatriz muy blanca, sobre el labio superior. Al encontrarse conmigo, levantó los ojos y yo me arrimé á la pared con el cántaro en la mano, lleno de cortedad y sonrojado

Naturalmente, verme sorprendido de aquel modo, peor que un rudo aguador, desgreñado, empapado, despechugado, con la camisa abierta... ¡qué humillación! De buena gana, á haber podido, me hubiera incrustado en la pared... La señora me miró un instante de hito en hito con cierto aire de reina indulgente, insinuó una sonrisita y siguió adelante... Al llegar al cuarto, dábame á todos los diablos. Le conté á Jacobo la aventura y se burló de mi ridícula vanidad; pero al día siguiente, sin decir nada, cogió el cántaro y bajó por agua; desde entonces bajaba él todos los días, y yo, luchando con los remordimientos, le dejaba hacer, ante el temor de encontrarme con la señora del principal.

Terminado el aseo del cuarto, Jacobo se marchaba á su obligación y no volvía hasta la noche. Pasaba yo el resto del día solo, en dulce coloquio con la musa ó con lo que fuera. De la mañana á la noche, la ventana permanecía abierta sobre mi mesa; de la mañana á la noche me estaba yo en aquel oficio, ensartando rimas á porfía. De vez en cuando comparecía un gorrión sediento, que iba á mojar el pico en la gotera del tejado: mirábame un instante con singular descaro y luego huía á contar á los demás lo que hacía yo, oyéndose después el ruido seco de sus patitas sobre las pizarras del tejado... Las campanas de Saint-Germain también me visitaban distintas veces durante el día, y nada me halagaba tanto como su visita. Entraban ruidosamente por la ventana llenando de música todo el aposento, cuando no en forma de retozones y alborozados repiques, es decir, vertiendo semicorcheas á raudales, á modo de tañidos funerarios, lúgubres y sombríos, cayendo pausadamente como si fueran lágrimas. Y luego el «Angelus»: el de mediodía, una especie de arcángel envuelto en rayos de sol que penetraba resplandeciente, inundando todo el cuarto de destellos; y el de la noche, melancólico serafín que descendía por un rayo de luna y humedecía todo el aposento al sacudir sus alas.

La musa, los gorriones y las campanas eran mis únicas visitas... ¿Quién más había de venir? Nadie me conocía. En el figón de la calle de San Benito tenía siempre buen cuidado de instalarme en una mesita aparte, comía deprisa, sin quitar los ojos del plato; y al acabar cogía el sombrero y me volvía á casa presuroso. No me permitía la me-

nor distracción, ni un paseito, ni siquiera iba á oír la música de Luxemburgo. La enfermiza timidez que había heredado de la señora Eyssette se acrecentaba con el estado lastimoso de mi traje y los malditos chanclos, que aun no había podido reemplazar por otro calzado. La calle me producía miedo y vergüenza. Por mi gusto no hubiera descendido nunca del campanario. No obstante, á veces, al caer de una de esas hermosas tardes lluviosas, tan propias de la primavera parisiense, cuando salía del figón tropezaba dos bandadas enteras de alborozados estudiantes y al verles, cogidos del brazo, con sus anchos sombreros, sus pipas y sus queridas ¡me asaltaban unas ideas!... Entonces subía veloz los cinco pisos de mi casa, encendía la vela y me ponía á trabajar con nuevo ardor hasta el regreso de Jacobo.

Con el regreso de mi hermano cambiaba la faz del aposento, llenándose de alegría, ruido y movimiento: entonces cantábamos, reíamos y nos contábamos las impresiones y noticias de la jornada.

—Qué tal ¿has trabajado mucho?—preguntaba Jacobo.  
—Y el poema ¿adelanta, adelanta?

En seguida poníase á contarme algún nuevo rasgo de su original marqués y sacándose del bolsillo algunos póstres que había guardado para mí, se deleitaba viéndome mascarlos y engullirlos con voraz apetito. Luego volvía yo á mis versos, y Jacobo, después de dar dos ó tres vueltas por el cuarto, cuando me creía absorto en mis tareas, se escurría diciendo:

—Puesto que estás tan ocupado, me llevo un momento «allá abajo» á pasar un rato.

Irse «allá abajo» significa irse á casa de Pierrotte; y si aun no han adivinado ustedes porqué Jacobo iba «allá abajo», tan á menudo, no serán muy listos que digamos. Yo lo presentí desde el primer día, sin más que verle dirigirse al espejo, antes de partir, alisándose el pelo y componiéndose y deshaciéndose tres ó cuatro veces el lazo de la corbata; pero á fin de no contrariarle me hacía el sueco y nada le decía, contentándome con reirme para mi capote ¡y pensar unas cosas!...

Ausente Jacobo, ¡vuelta á los versos!... A tales horas no se oía rumor alguno: los gorriones, el «Angelus», todos mis amigos estaban en la cama. ¡Precioso momento para depar-

fir única y exclusivamente con la musa!... A eso de las nueve sonaban pisadas en la escalera; una escalera de tablas que se enlazaba con la principal. Era la señorita Cucú-Blanc, nuestra vecina, que se retiraba. A partir de este momento, no había posibilidad de seguir trabajando. Mi cerebro emigraba descaradamente al cuarto de la vecina y no había medio de hacerle salir de allí... Esa misteriosa Cucú-Blanc ¿quién podía ser?... Imposible adquirir el menor informe de ella... Si se lo preguntaba á Jacobo, evadía la respuesta, diciendo:

—¡Cómo!... ¿No has tropezado todavía con nuestra soberbia vecina?—Y no pasaba de aquí. Yo pensaba:

—¡Bah! querrá evitar que la conozca... Será una «griseta» del barrio Latino.

A esta idea, la frente me ardía. Imaginábame una muchacha fresca, lozana y jovial, en una palabra, una «griseta». Hasta su extraño nombre de Cucú-Blanc se me antojaba tener tanto sabor, cuando menos, como el más bonito de los apodosos, por el estilo de Musette y Mimí-Pinson (1). En todo caso había de ser una Musette muy discreta y de buena vida y costumbres, una Musette de Nanterre que se retiraba todas las noches á la misma hora y siempre sola. Esto me constaba por haber aplicado una porción de veces el oído al tabique en cuanto llegaba... He aquí lo que oía, invariablemente; ante todo el ruido de una botella al destaparse y volverse á tapar distintas veces; luego, al cabo de un ratito ¡pataplúm! la caída de un cuerpo muy pesado sobre el entarimado, y á continuación una vocecita muy fina y chillona, una voz de grillo enfermo, cantando no sé qué tonada, compuesta exclusivamente de tres notas, triste hasta hacer apuntar las lágrimas. La música acompañaba unas palabras que nunca pude distinguir bien, si esceptuamos estas sílabas inteligibles: «Tolocotián! ¡Tolocotián!» que de vez en cuando reaparecían en el canto, á modo de estribillo, más acentuado que el resto de la canción, la cual se prolongaba por espacio de una hora ó cosa así, hasta que después de un postrer «Tolocotián» se extinguía la voz, no oyéndose más que una respiración lenta y pesada... Todo eso me intrigaba enormemente.

(1) Heroínas de «Las escenas de la vida bohemia» de Murger, publicada por esta casa editorial.

Una mañana, Jacobo que había ido por agua, entró con viveza en la habitación y acercándoseme con aire misterioso, me dijo al oído:

—¡Pse! Si quieres ver á nuestra vecina, ahora está allí.

De un brinco me puse en la puerta de la escalera... Jacobo no me había engañado... Cucú-Blanc tenía la puerta de su cuarto abierta de par en par, y al fin pude contemplarla... ¡Dios mío, qué visión!... Porque aquello no fué más que una visión... Imaginad un cuchitril angosto y completamente desnudo, con un jergón de paja en el suelo, una botella de aguardiente en la repisa de la chimenea, y encima del jergón, colgada en la pared como una pila de agua bendita, una enorme y misteriosa herradura. Y ahora colocad en esta pocilga una negra horrible, con sus dos ojazos nacarados y el pelo corto, lanudo y crespo como vellón de oveja negra, sin más vestido que una camisola correosa y un miriñaque usado... Así se me apareció por vez primera la vecina Cucú-Blanc, la Cucú-Blanc de mis ensueños, la hermana de Mimí-Pinson y Consuelo Duran. ¡Oh, romántica provincia, sírvale esto de lección!

—Qué tal,—me dijo Jacobo al verme asomar;—¿qué te ha parecido la...

No pudo acabar la frase, porque al observar mi contrariado semblante, soltó una enorme carcajada. Tuve el buen acuerdo de imitarle y nos quedamos entrambos sin poder articular palabra el uno enfrente del otro, apretándonos los ijares á fuerza de reír. En este instante se asomó por la puerta entreabierta una enorme cabeza negra que desapareció rápidamente, chillando:

—Blancos burlarse «neguita» estar muy feo.

¡Figúrense ustedes, cuánto nos reiríamos!

Apaciguada aquella explosión de risa, Jacobo me contó que la negra Cucú-Blanc, formaba parte del servicio de la señora del principal, y que en la casa pasaba por bruja, citándose en prueba de ello la herradura, símbolo del culto Vandoux, colgada encima del jergón. Decíase asimismo que todas las noches, en ausencia de su ama, abusaba del aguardiente hasta coger una soberbia turca y que entonces la daba por cantar canciones de su país natal hasta media noche por lo menos. Esto bastó para explicarme los misteriosos ruidos que venían del cuarto de la vecina, el de la botella al destaparse, el del cuerpo cayendo sobre

el entarimado, y la monótona cantinela de las tres notas. En cuanto al «tolocototián» debe ser, según parece, una especie de onomatopeya muy generalizada entre las poblaciones del Cabo, algo así como nuestro tra-la-ra-lá, que los Pedro Dupont de por allí meterán en todos sus cantos.

Inútil consignar que desde entonces ya no me distrajo tanto la vecindad de Cucú-Blanc. Por la noche, cuando subía, mi corazón no palpaba con la fuerza de antes, ni tenía por qué molestarme yendo á pegar el oído al tabique divisorio. No obstante, á veces en el silencio de la noche llegaban hasta mí los quejumbrosos «tolocototiánes», infundiéndome no sé qué especie de incomodidad, cual si ya presintiera la influencia que estaba destinado á tener aquel estribillo en mi existencia...

En tanto mamá Jacobo había hallado una plaza de tenedor de libros dotada con cincuenta francos al mes, en una pequeña tienda de ferretería, yendo allí todas las noches cuando salía de casa del marqués. El pobre muchacho me participó la buena nueva entre contento y triste.

—¿Y cómo te las compondrás ahora para ir «allá abajo»? —le pregunté en seguida.

Y él respondió con los ojos arrasados de lágrimas:

—Iré los domingos.

En efecto, desde entonces, cumpliendo su palabra, no iba «allá abajo» sino los domingos, por más que se veía á la legua que este sacrificio le dolía en el alma.

¿Qué podía tener «allá abajo» que de tal modo le cautivara? No me habría disgustado saberlo; pero desgraciadamente nunca me invitaba á acompañarle, y tenía yo demasiado orgullo para pedirselo. Y además, ¿cómo presentarme con mis chanclos de goma?... Un domingo, no obstante, al disponerse á partir, Jacobo me dijo con algún embarazo:

—Oye, Danielín, ¿te gustaría acompañarme «allá abajo»? Creo que les darías un alegrón.

—Jacobo, ¿te chancneas?

—Sí, ya sé que el salón de Pierrotte no es el sitio más digno de un poeta... Allí no se reúnen más que unas cuantas pieles de conejo apolilladas...

—No lo digo por eso, Jacobo... lo digo por mi traje...

—Calla, tienes razón... no me acordaba.